

El Bautismo en el Espíritu Santo

(Adoptada por el Presbiterio General en sesión el 9-11 de agosto de 2010)

Desde los primeros días del siglo veinte, muchos creyentes cristianos han enseñado y han recibido una experiencia espiritual que llaman el bautismo en el Espíritu Santo. En la actualidad, centenares de millones de creyentes se identifican con el movimiento que enseña y promueve la recepción de esta experiencia. La expansión global de este movimiento muestra el cumplimiento de las palabras de Jesucristo a sus discípulos cuando les prometió que el Espíritu Santo vendría sobre ellos, y recibirían poder para ser sus testigos todo el mundo (Hechos 1:5,8).

El Nuevo Testamento enfatiza la centralidad de la función del Espíritu Santo en el ministerio de Jesús y la continuación de esa función en la iglesia primitiva. El ministerio público de Jesús fue iniciado por el Espíritu Santo que vino sobre Él (Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22; Juan 1:32). El libro de los Hechos presenta una extensión de ese ministerio a través de los discípulos, mediante el empoderamiento del Espíritu Santo.

Los rasgos más característicos del bautismo en el Espíritu Santo son los que siguen: (1) teológicamente y como experiencia se distingue del nuevo nacimiento y lo sucede, (2) está acompañado por las lenguas que habla quien lo recibe, y (3) tiene un propósito que lo distingue de la obra del Espíritu en la regeneración del corazón y la vida de un pecador arrepentido.

El término “bautismo en el Espíritu Santo”

El término “bautismo en el Espíritu Santo” no aparece en las Escrituras. Es una conveniente designación para la experiencia que anuncia Juan el bautista, que Jesús “[bautizaría] en Espíritu Santo”¹ (Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33), que Jesús mismo repetiría (Hechos 1:5), y también Pedro (Hechos 11:16). Cabe notar que la expresión aparece en los Evangelios y también el Libro de los Hechos. La ilustración del bautismo presenta la inmersión, como se ve en la analogía del Juan el bautista del bautismo en agua que él administraba y el bautismo en el Espíritu Santo que administraría Jesús.

Ser bautizado en el Espíritu Santo se debe diferenciar de lo que Pablo declara en 1 Corintios 12:13 que, según la sintaxis griega, lee: “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”. El contexto de este pasaje muestra que “por” es la mejor traducción, indicando que el Espíritu Santo es el instrumento o medio por el cual se lleva a cabo el bautismo.² En los versículos 3 y 9 del capítulo, Pablo usa la misma preposición dos veces en el mismo versículo para indicar una actividad del Espíritu Santo. En 1 Corintios 12:13, “bautizados en un cuerpo” habla de la obra del Espíritu Santo de incorporar a un pecador arrepentido al cuerpo de Cristo (véase Romanos 6:3; Gálatas 3:27 para una expresión equivalente a “bautizados en Cristo”). Este es el “un bautismo” de Efesios 4:5; es el bautismo indispensable e importante que resulta en el “un cuerpo” del versículo 4.

¹ Footnote one in English does not apply to Spanish

² Algunas confiables traducciones del Nuevo Testamento que usan el término “por”

Para resumir: en la conversión, el Espíritu Santo bautiza en Cristo/el cuerpo de Cristo; en una experiencia subsiguiente y diferente, Cristo bautizará en el Espíritu Santo.

Otros términos bíblicos para el bautismo en el Espíritu Santo

Se usan diversos términos bíblicos para referirse a esta experiencia, especialmente en el libro de los Hechos, que registra el primer descenso del Espíritu sobre los discípulos de Jesús y da ejemplos similares de encuentros del Espíritu con el pueblo de Dios. Las siguientes expresiones en Hechos se usan de manera intercambiable para describir la experiencia:

- Bautizado en el Espíritu—1:5; 11:16; véase también Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16; Juan 1:33. El término “bautismo en el Espíritu” generalmente sirve como un conveniente sustituto y también se usa en este documento
- El Espíritu viene, o desciende, sobre—1:8; 8:16; 10:44; 11:15; 19:6; véase también Lucas 1:35; 3:22
- El Espíritu derramado—2:17,18; 10:45
- El don que mi Padre prometió—1:4
- El don del Espíritu—2:38; 10:45; 11:17
- El don de Dios—8:20; 11:17; 15:8
- Recibir el Espíritu—8:15,17,19; 19:2
- Lleno con el Espíritu—2:4; 9:17; además Lucas 1:15,41,67. Esta expresión, junto con “lleno del Espíritu”, tiene una aplicación más amplia en los escritos de Lucas. El mandato de Pablo de “ser llenos con el Espíritu” (Efesios 5:18) no se refiere a la plenitud inicial del Espíritu; es un mandamiento a continuar llenándose del Espíritu.³

Ninguno de estos términos expresa todo lo que envuelve la experiencia. Son metáforas que expresan la idea de que el receptor es completamente dominado o saturado por el Espíritu, que ya mora en él (Romanos 8:9,14-16; 1 Corintios 6:19; Gálatas 4:6).

Continuidad y singularidad

Trasfondo en el Antiguo Testamento

El derramamiento del Espíritu el Día de Pentecostés (Hechos 2) fue el clímax de las promesas que Dios había hecho siglos antes acerca de la institución del nuevo pacto y venida de la era del Espíritu. El Antiguo Testamento es indispensable para la comprensión de la venida del Espíritu Santo para los creyentes bajo el nuevo pacto. Hay dos pasajes proféticos que son especialmente significativos: Ezequiel 36:25–27 y Joel 2:28,29.

³ El verbo está en el tiempo presente del griego, que expresa el significado de una acción continua.

Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ezequiel 36:25–27).

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días (Joel 2:28,29).

El pasaje de Ezequiel habla del lavamiento de los nuevos creyentes de toda la inmundicia espiritual y el cambio del corazón de piedra por un “nuevo corazón” y un “corazón de carne”. Esto sucede como resultado del Espíritu Santo que mora, que los ayudará a vivir en obediencia a las leyes y los decretos de Dios. La promesa predice la enseñanza del Nuevo Testamento acerca de la regeneración. Jesús habló de la necesidad de “nacer del Espíritu” (Juan 3:5,8) y Pablo, como eco de la profecía de Ezequiel, dice que Dios “nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5). El resultado es un estilo de vida cambiado, que es posible por el Espíritu que mora.

La profecía de Joel difiere considerablemente de la de Ezequiel. Habla de un dramático derramamiento del Espíritu Santo que resulta en profecía, sueños, y visiones. El término carismático en nuestro día ha venido a identificar aquellos que creen y que han tenido una experiencia personal y colectiva, con la manera dinámica en que el Espíritu se manifiesta a través de los diversos dones, como los que se enumeran en 1 Corintios 12:7–10.⁴ El Día de Pentecostés, los discípulos “fueron todos llenos del Espíritu Santo”, que Pedro explicó como el cumplimiento de la profecía de Joel (Hechos 2:16–21).

Las profecías de Ezequiel y Joel, sin embargo, no predicen dos venidas históricas del Espíritu Santo separada una de la otra. Ellas representan dos aspectos de una promesa general que incluye la morada del Espíritu Santo y su plenitud o apoderamiento del pueblo de Dios.

La importancia de los escritos de Lucas

Los escritos de Lucas —el tercer evangelio y el libro de los Hechos— provee la más clara comprensión del bautismo en el Espíritu Santo. Lucas, además de ser un certero historiador, también es teólogo por derecho propio y usa el medio de la narrativa histórica para expresar la verdad teológica.⁵

Además de los cuatro evangelios, las únicas referencias indisputables de la predicción de Juan el bautista acerca del bautismo en el Espíritu están en el libro de los Hechos (1:5; 11:16). Además,

⁴ No obstante, la palabra griega *charisma* tiene una amplia gama de significados en el Nuevo Testamento. Su significado básico es que es un don que se recibe por gracia.

⁵ Véase la obra de I. Howard Marshall: *Luke: Historian and Theologian* [Lucas: historiador y teólogo]. Grand Rapids: Zondervan, 1970.

Lucas es el único evangelio que contiene dos declaraciones de Jesús que se relacionan directamente con el bautismo en el Espíritu: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (11:13); “He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto” (24:49).

El primer capítulo de los Hechos reanuda el tema de estas promesas. Jesús “les mandó [a sus discípulos] que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:4,5); “pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8). Todo el libro de los Hechos es un comentario de estos versículos, que profundiza los asuntos relacionados con el apoderamiento espiritual y la expansión del evangelio en el Imperio Romano. Por lo tanto, es necesario explorar lo que Lucas dice acerca del bautismo en el Espíritu.

Sin embargo, este énfasis en el libro de Lucas no minimiza otros aspectos importantes del ministerio del Espíritu Santo en otros escritos que no son de Lucas, como, por ejemplo. Juan 14–16; Romanos 8; 1 Corintios 12–14. Tampoco implica que otros escritores guardaron silencio respecto al asunto del bautismo en el Espíritu o que Lucas limita la obra del Espíritu únicamente al bautismo en el Espíritu.

Es importante reconocer que Lucas escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo. Considerando que Lucas y Hechos son de carácter histórico, Lucas seleccionó sucesos y expresiones que enfatizaran el aspecto dinámico de la obra del Espíritu Santo.

Los primeros cuatro capítulos del evangelio de Lucas presentan un claro cuadro de que la prometida era del Espíritu había sido inaugurada. Lucas presenta la actividad del Espíritu de una manera que claramente evoca la profecía de Joel. Durante cuatrocientos años la actividad del Espíritu Santo entre el pueblo de Dios había estado virtualmente ausente. Ahora irrumpe en una sucesión de acontecimientos relacionados con los nacimientos de Juan el bautista y de Jesús, y con el inicio del ministerio terrenal de Jesús. Visitaciones angélicas, concepciones milagrosas, palabras proféticas, el Espíritu que desciende sobre Jesús en su bautismo, el apoderamiento de Jesús para su ministerio terrenal —todas estas cosas están registradas en una rápida sucesión con el fin de enfatizar el advenimiento de la era prometida.

Metodología que se siguió

Los acontecimientos narrativos que se registran en los Hechos en que los creyentes experimentan una plenitud inicial del Espíritu tiene una repercusión directa en las preguntas de si el bautismo es un asunto separado de la regeneración y si el hablar en lenguas es un componente necesario de la experiencia. Se empleará el método inductivo al examinar estos sucesos; es un válido método lógico que tiene como fin formar una conclusión basada en el estudio de sucesos o declaraciones individuales.⁶

⁶ La formulada doctrina de la Trinidad es el resultado de un estudio inductivo de las Escrituras, como también lo es la doctrina de la unión hipostática —que Cristo fue y es plenamente divino y plenamente humano, sin dejar de ser una sola persona.

“Continuidad” en los Hechos

El Día de Pentecostés (Hechos 2:1–21). La primera instancia en que los discípulos reciben una experiencia de tipo carismática sucedió el Día de Pentecostés (Hechos 2:1–4). La venida del Espíritu ese día no tuvo precedentes; fue un acontecimiento único, histórico, terminado, e irrepetible conectado con la institución del nuevo pacto. Pero como Hechos indica, la experiencia de los discípulos en Pentecostés en un nivel personal también sirve como un paradigma para los creyentes que vinieron después (8:14–20; 9:17; 10:44–48; 19:1–7).

¿Fue el Pentecostés una experiencia de los discípulos que vino a “continuación” de la conversión? En una ocasión Jesús dijo a setenta y dos de sus discípulos: “regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20). No es necesario localizar con exactitud el momento preciso de su regeneración en el sentido que el Nuevo Testamento le da a la palabra. Si hubieran muerto antes del descenso del Espíritu en Pentecostés, ellos seguramente habrían ido a la presencia del Señor. Sin embargo, muchos eruditos ven la experiencia del nuevo nacimiento de los discípulos como algo que sucedió en el momento en que el Cristo resucitado “sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20:22).

Es significativo que en ningún caso el Nuevo Testamento iguala la expresión “llenos del Espíritu Santo” (versículo 4) con la regeneración. Siempre se usa en conexión con personas que ya son creyentes.

Los samaritanos (8:14–20). El pentecostés samaritano muestra que uno puede ser un creyente y aun así no haber tenido una experiencia del tipo carismática. Las siguientes observaciones muestran que los samaritanos eran genuinos seguidores de Jesús antes de la visita de Pedro y Juan: (1) Felipe claramente les proclamó las buenas nuevas del evangelio (versículo 5); (2) ellos creyeron y fueron bautizados (versículos 12,16); (3) ellos habían “recibido [*dekomai*] la palabra de Dios” (versículo 14), una expresión sinónima de conversión (Hechos 11:1; 17:11; véase también 2:41); (4) Pablo y Juan les impusieron las manos para “recibieran el Espíritu Santo” (versículo 17), una práctica que el Nuevo Testamento nunca asocia a la salvación; y (5) los samaritanos, después de su conversión, tuvieron una dramática y observable experiencia del Espíritu (versículo 18).

Saulo de Tarso (Hechos 9:17). La experiencia de Saulo de Tarso también demuestra que ser lleno del Espíritu Santo es una experiencia identificable que va más allá de la obra del Espíritu en la regeneración. Tres días después de su encuentro con Jesús en el camino a Damasco (hechos 9:1–19), recibió la visita de Ananías. Las siguientes observaciones son importantes: (1) Ananías se dirigió a él como “Hermano Saulo”, que probablemente indica una relación mutuamente fraterna con el Señor Jesucristo; (2) Ananías no instó a Pablo al arrepentimiento ni a creer, aunque sí lo animó a ser bautizado (hechos 22:16); (3) Ananías puso las manos sobre Saulo para que recibiera sanidad y para que fuera lleno del Espíritu; y (4) hubo un lapso de tres días entre la conversión y el momento en que fue lleno del Espíritu.

La casa de Cornelio en Cesarea (Hechos 10:44–48). La narración acerca de Cornelio alcanza su punto cúspide en el derramamiento del Espíritu Santo sobre él y los de su casa. Él no era cristiano antes de la visita de Pedro; él era un hombre temeroso de Dios, un gentil que había dejado el paganismo y había adoptado importantes aspectos del judaísmo sin convertirse en prosélito, es decir, plenamente judío. Aparentemente, quienes era de la casa de Cornelio creyeron

y fueron regenerados en el momento en que Pedro habló de Jesús como aquel a través del cual “todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (versículo 43). Al parece, simultáneamente experimentaron un derramamiento del Espíritu como el que hubo el Día de Pentecostés, como Pedro después informó a la iglesia de Jerusalén (11:17; 15:8,9). Las expresiones con que se describe esta experiencia no se usan en ninguna parte de los Hechos para describir la conversión: “el Espíritu Santo cayó sobre” (10:44; ref. 8:16); “el don del Espíritu Santo” (10:45; 11:17; ref. 8:20); “sobre los gentiles se derramase” (10:45); “bautizados con [en] en el Espíritu Santo” (11:16).

El bautismo en el Espíritu de los creyentes en Cesarea es paralelo al de los creyentes en Jerusalén (Hechos 2), Samaria (Hechos 8), y Damasco (Hechos 9). Pero a diferencia de la experiencia de sus antecesores, ellos vivieron una experiencia unificada en que la conversión y el bautismo en el Espíritu sucedió en una rápida sucesión.

Los discípulos en Éfeso (Hechos 19:1–7). En Éfeso, Pablo encontró un grupo de Discípulos que no habían experimentado el bautismo en el Espíritu. De este suceso derivan tres importantes preguntas:

(1) ¿Eran estos hombres seguidores de Jesús o seguidores de Juan el bautista? En el libro de los Hechos, en casi cada ocurrencia de la palabra “discípulo” (*mathe-te-s*), con sólo una excepción,⁷ se refiere a los seguidores de Jesús. La razón de Lucas para referirse a estos hombre como “ciertos discípulos” es que no estaba seguro del número exacto: “Eran por todos unos doce hombres” (versículo 7). Ellos eran creyentes cristianos que necesitaban enseñanza; como Apolos (Hechos 18:24–27), ellos necesitaban que se les expusiera “más exactamente el camino de Dios” (18:26).

(2) Qué quiso decir Pablo con la pregunta: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (una traducción estricta del versículo2).⁸ Él percibió en ellos una carencia espiritual, pero no cuestionó la validez de su fe en Jesús. Considerando que en el libro de los Hechos la cláusula “recibir el Espíritu Santo” se refiere al bautismo⁹ (8:15,17,19; 10:47; véase también 2:38), Pablo está preguntando si han tenido la experiencia de la venida del Espíritu Santo sobre ellos en una manera carismática, cómo sí sucedió después (versículo 6).

(3) ¿Está de acuerdo Pablo con la enseñanza de Lucas de que hay una obra del Espíritu en los creyentes que se distingue de su obra en la salvación? Este suceso en Éfeso, como también la propia experiencia de Pablo, requiere de una respuesta afirmativa.

Conclusiones

⁷ Hechos 9:25, donde la frase “los discípulos” se refiere a los seguidores de Pablo.

⁸ Por “haber creído [*pisteusantes*]”, la gramática griega permite que se traduzca “cuando creísteis” (tiempo coincidente) o “después de que creísteis” (tiempo antecedente). El contexto favorece la segunda traducción.

⁹ Ciertamente, en el evangelio de Juan, el Jesús resucitado habló a los discípulos con el imperativo: “Recibid el Espíritu Santo” (20:22). Los eruditos bíblicos entienden de diversas maneras el uso que Juan da a la declaración: algunos la ven como el inmediato don del Espíritu en la regeneración, otros, como un anticipo de lo que aconteció en Pentecostés, y otros, como un informe juanino independiente del Pentecostés.

1. En tres de las cinco instancias—Samaria, Damasco, Éfeso—las personas que tuvieron una experiencia del Espíritu identificable ya eran creyentes. En Cesarea, esa experiencia fue casi simultánea con la fe salvadora de Cornelio y los de su casa. En Jerusalén, los receptores ya eran creyentes en Cristo aunque puede ser difícil—si es que fuera necesario—determinar con exactitud el punto en el tiempo cuando fueron regenerados en el sentido que expresa el Nuevo Testamento.
2. En los tres relatos hubo un lapso de tiempo entre la conversión y el bautismo en el Espíritu (Samaria, Damasco, Éfeso). El intervalo de espera en el derramamiento de Jerusalén fue necesario con el fin de que se cumpliera la importancia tipológica del Día de Pentecostés. En el caso de Cesarea, no se distingue un lapso de tiempo.
3. Se usa una diversidad de términos intercambiables para la experiencia del bautismo en el Espíritu.
4. Grupos de personas (Jerusalén, Samaria, Cesarea, Éfeso) y también individuos (Pablo) recibieron la experiencia.
5. En tres instancias se menciona la imposición de la manos (Samaria, Damasco, Éfeso), sin ser ésta un requisito, como es evidente en los derramamientos en Jerusalén y Cesarea.
6. Aunque el bautismo en el Espíritu es un don de la gracia de Dios, , no debe llamarse “una segunda obra de gracia” o “una segunda bendición”. Tal expresión indica que un creyente no puede tener experiencia o experiencias de la gracia divina entre la conversión y el bautismo en el Espíritu Santo.
7. La posición ideal y bíblica recta es que el espacio de tiempo entre la regeneración y el bautismo en el Espíritu no es un requisito. El énfasis debe hacerse en la sucesión y singularidad teológica, no así temporal.

HABLAR LENGUAS

Palabras inspiradas por el Espíritu que anteceden a Hechos 2

En el Antiguo Testamento, el Espíritu Santo se manifestaba de diversas maneras pero su obra y ministerio más característico y frecuente era el de la palabra inspirada. Además de los escritos proféticos, hubo muchas instancias en que la gente profetizó oralmente conforme a la dirección del Espíritu, por ejemplo: Números 11:25,26; 24:2,3; 1 Samuel 10:6,10; 19:20,21. Esta inspiración a profetizar es el vínculo que conecta los oráculos del Antiguo Testamento con la predicción de Joel de que un día el pueblo de Dios profetizaría (Joel 2:28,29) y con el anhelo de Moisés de que todo el pueblo de Dios profetizara (Números 11:29).

Hay una vital conexión entre las personas del Antiguo Testamento que profetizaba y las experiencia comparables del Nuevo Testamento antes del Día de Pentecostés, especialmente como se registra en Lucas 1–4. En esos capítulos registra que ciertas personas fueron llenas del Espíritu—Juan el bautista, Elizabet su made, y su padre Zacarías—y que también hubo algunos que profetizaron bajo la influencia del Espíritu Santo, como Elizabet, Zacarías, María, y Simeón, Además, se menciona a Ana como profetiza (2:36).

Las lenguas como evidencia en los Hechos

El Día de Pentecostés (2:1–21). Ocurrieron tres dramáticos fenómenos: un viento recio, fuego, y las lenguas que se hablaron.¹⁰ El viento y el fuego, que en las Escrituras son símbolo del Espíritu Santo, *antecedieron* al derramamiento del Espíritu; pero el fenómeno de hablar en lenguas fue una parte integral de la experiencia de los discípulos en el bautismo en el Espíritu. El ímpetu de hablar en lenguas era el Espíritu Santo. El verbo griego *apophthengomai* al final del versículo 4 se repite en el versículo 14 como introducción del discurso de Pedro a la multitud. Es una palabra poco común y que rara vez se usa, y que se puede traducir como “emitir una palabra inspirada”.

La frase verbal griega para hablar en lenguas (*lalein glosáis*) no aparece en literatura que no sea bíblica como un término técnico para describir la acción de hablar un idioma que no se conoce. Pero Lucas (Hechos 2:4; 10:46; 19:6) y Pablo (1 Corintios 12:30; 13:1; 14:5,6,18,23,39) la usan con esa connotación.

La palabra griega *glossa* se refiere a la lengua como el órgano del habla y, por extensión”, el resultado del habla: el lenguaje. En Hechos 2, aunque los discípulos no conocían las lenguas que ellos mismos hablaron, hubo algunos que sí las entendieron. Eran lenguas humanas, identificables. Lucas dice que los discípulos hablaron en *otras* lenguas, es decir, lenguas que no eran las de ellos. Sin embargo, en las demás instancias de Hechos, donde se menciona que hablaron lenguas (10:46; 19:6), no hay indicación de que los presentes entendieron las lenguas o las identificaron. Los escritos de Pablo enseñan que las lenguas no siempre son humanas; también pueden ser espirituales, celestiales, o angélicas (1 Corintios 13:1; 14:2,14) como un medio de comunicación entre el creyente y Dios.

Cabe mencionar dos detalles importantes:

(1) En el Día de Pentecostés, *todos* los que fueron llenos con el Espíritu hablaron en lenguas (Hechos 2:4).

(2) Pedro, al explicar a los presentes el significado de la experiencia de los creyentes, dijo que era el cumplimiento de Joel 2:28,29 (Hechos 2:16–21). Especialmente importante es que Pedro, en medio de la referencia que hizo de Joel, introdujo las palabras “profetizarán” (versículo 18), enfatizando la palabra profética como un rasgo clave del cumplimiento. ¿Es hablar en lenguas lo mismo que la profecía? El hablar en lenguas y la profecía suceden cuando el Espíritu Santo viene sobre una persona y la dirige a hablar. La diferencia básica es que la profecía es en el idioma de quien habla, en tanto que el hablar en lenguas es un idioma que quien habla desconoce. Pero el modo en que operan los dos dones es el mismo. Hablar en lenguas puede, por lo tanto, considerarse una forma especializada o diversa de profecía respecto a la manera en que opera.

Los samaritanos (8:14–20). Los samaritanos habían sido testigos de las señales que Dios obró a través de Felipe, habían además respondido en fe al mensaje de Cristo, y se habían sometido al bautismo. Pero no habían recibido el bautismo en el Espíritu Santo (versículo 15). Pedro y Juan “les imponían las manos, y recibían el Espíritu Santo” (versículo 17). Simón el mago vio algo

¹⁰ El término técnico del español para la acción de hablar en lenguas es “glosolalia”, de las palabras griegas *glossa* (lengua, lenguaje) y *lalia* (habla). La palabra no se encuentra en las Escrituras.

extraordinario en este don del Espíritu, e inmediatamente quiso tener la autoridad de también impartir el don. Ya había sido testigo de la expulsión de demonios y sanidades, pero esto era claramente algo diferente. Lucas simplemente dice que Simón “vio” o fue testigo de que se daba el Espíritu Santo; sucedió algo que él pudo observar. El consenso entre los eruditos bíblicos, muchos de los cuales no son pentecostales o carismáticos, es que los samaritanos tuvieron una experiencia glosolálica.

Este relato se clasifica entre los dos principales en los capítulos 2 al 10, que sin ambigüedad asocia la glosolalia con el bautismo en el Espíritu. Por lo tanto este suceso puede con toda razón identificarse como el “Pentecostés Samaritano”.

Saulo de Tarso (9:17). Lucas no registra detalle alguno del bautismo de Pablo en el Espíritu Santo. Sin embargo, sí sabemos que Pablo hablaba en lenguas con frecuencia y como algo normal en su rutina diaria (1 Corintios 14:18). Parece legítimo y lógico inferir que la primera vez que habló en lenguas fue cuando Ananías le impuso las manos. Así como lo que sucedió en Samaria, esta experiencia se sitúa entre los dos sucesos que claramente dicen que *todos* hablaron en lenguas cuando fueron bautizados en el Espíritu.

La casa de Cornelio en Cesarea (Hechos 10:44–48). Se deben observar unos cuantos detalles importantes:

(1) Pedro claramente identifica la experiencia de la casa de Cornelio con la que tuvieron los discípulos en Pentecostés: “Dios, pues, les concedió el mismo don que a nosotros” (Hechos 11:17; véase también 15:8). Además, en ambos relatos aparecen términos comunes como “bautizado con [en] el Espíritu”, “derramado”, y “don”.

(2) La manifestación externa observable de la glosolalia convenció a los acompañantes judeo-cristianos de Pedro de que el Espíritu también había sido derramado sobre esos gentiles: “*Porque los oían que hablaban en lenguas y que magnificaban a Dios*” (versículo 46, se ha usado cursiva a modo de énfasis).

(3) Posiblemente, la frase “magnificaban [*megaluno*]¹¹ a Dios” es un comentario acerca del contenido de la glosolalia. Se debe notar la importancia de Hechos 2:11 porque identifica el contenido de la glosolalia en Pentecostés como una recital de “las maravillas [*megaleia*] de Dios”.

(4) Todos los que recibieron, también hablaron en lenguas (versículo 44). Este suceso y el de Pentecostés, que también indiscutiblemente y sin ambigüedad dice que *todos* hablaron en lenguas, conecta la glosolalia con el bautismo en el Espíritu Santo. Los dos relatos son un paréntesis de los capítulos 8 y 9 donde Lucas no presenta detalles de la experiencia en el Espíritu de los creyentes.

Los Discípulos en Éfeso (Hechos 19:1–7). Cuando el Espíritu Santo vino sobre estos discípulos, “hablaban en lenguas y profetizaban” (versículo 6). Una traducción del texto griego podría ser:

¹¹ Véase Lucas 1:46 y Hechos 19:17 como sucesos paralelos.

“No sólo [*te*] hablaron en lenguas, sino que también [*kai*] profetizaron”.¹²

Conclusiones

1. En el Antiguo Testamento, en los primeros capítulos del Evangelio de Lucas y en el Libro de los Hechos, hay un patrón de expresión verbal inspirada cuando el Espíritu Santo viene sobre las personas.
2. El derramamiento del Espíritu en el Día de Pentecostés es el modelo o paradigma de los derramamientos posteriores.
3. El hablar en lenguas, respecto a la manera en que ocurre, debe considerarse como una forma especializada y diversa de profecía.
4. El hablar en lenguas fue una parte integral del bautismo en el Espíritu en el Libro de los Hechos. Es la única manifestación asociada al bautismo en el Espíritu Santo que se presenta explícitamente como evidencia que prueba la autenticidad de la experiencia, y sobre esa base debe considerarse normativa.
5. La doctrina Pentecostal de hablar en lengua como “evidencia física inicial” es un intento de condensar el pensamiento de que en el momento del bautismo en el Espíritu Santo el creyente hablará en lenguas. Comunica la idea de que la acción de hablar en lenguas es el acompañamiento inicial y empírico del bautismo en el Espíritu Santo. En ninguna parte en las Escrituras se indica que uno puede ser bautizado en el Espíritu sin hablar en lenguas.
6. Primera de Corintios 12:30 a veces surge como argumento de que las lenguas no son un componente necesario del bautismo en el Espíritu, cuando Pablo pregunta retóricamente: ‘no todos hablan en lenguas, ¿verdad?’¹³ Pero el contexto amplio y el contexto inmediato relacionan la pregunta con el ejercicio del don en la adoración colectiva, como sugiere la pregunta a continuación: “no todos interpretan, ¿verdad?” Según 1 Corintios 12:8–10, sólo algunos creyentes son guiados por el Espíritu Santo para comunicar un mensaje en lenguas en la reunión del pueblo de Dios.

ASPECTOS PRÁCTICOS DEL BAUTISMO EN EL ESPÍRITU SANTO

Las evidencias continuas del bautismo en el Espíritu Santo

Los resultados de carácter divino del bautismo en el Espíritu Santo incluyen:

Hablar en lenguas. Hablar en lenguas es la indicación inicial y empírica de que ha habido una plenitud pero también es un beneficio para la persona que es llena del Espíritu, porque Pablo dice que “el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios” y “el que habla lengua extraña, a sí mismo se edifica” (1 Corintios 12:2,4). Este es el aspecto devocional de las lenguas, que se asocia con la acción de alabar a Dios y darle las gracias (versículos 16,17). Este aspecto es lo que a veces llamamos un lenguaje

¹² La estructura griega es *te...kai* que, junto con *te kai*, se usa con frecuencia en el libro de los Hechos. Las siguientes son posibles maneras de traducirla: “como...también; porque...mas; no sólo...sino”. Encontramos algunos ejemplos gramaticales en Hechos 1:1,8; 4:27; 8:12; 9:2; 22:4; 23:6. *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (3ra. ed.) Revisado y editado por Frederick William Danker. Chicago: The University of Chicago Press, 2000, p. 993.

¹³ Una traducción estricta del texto, basada en la estructura griega de las siete preguntas en estos versículos.

de oración. Es un elemento en la oración en el Espíritu (Efesios 6:10; Judas 1:20). Por ser un medio por el cual los creyentes se edifican espiritualmente, puede decirse que las lenguas son un medio de gracia. No es una experiencia que sucede sólo en el momento de ser bautizado en el Espíritu; debe ser una experiencia constante y frecuente. Esto es lo que implica la declaración de Pablo a los corintios: “quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas” (1 Corintios 14:5, una traducción estricta que refleja el tiempo verbal griego).

Además, algunos exegetas cualificados entienden que Pablo se refiere al orar en lenguas, o por lo menos a incluirlas, cuando dice que “de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26).

Apertura a las manifestaciones del Espíritu. El bautismo en el Espíritu Santo abre al receptor a una amplia gama de dones espirituales. Esta es una consecuencia natural de haberse ya sometido a algo sobrenatural y supraracional al dejarse saturar por el Espíritu. Pero esto no excluye de los dones espirituales a quienes no han recibido la plenitud del Espíritu. El Antiguo Testamento y los evangelios muestran que la mayoría de los dones fueron ejercidos antes del Día de Pentecostés, sin embargo fue sólo después del derramamiento del Espíritu ese día que entre el pueblo de Dios operaron con mayor frecuencia y una variedad más amplia de dones espirituales. Considerando que la edificación del pueblo de Dios es el propósito global de los dones espirituales en la asamblea (1 Corintios 12:7; 14:3–6,12), los creyentes llenos del Espíritu deben anhelarlos de todo corazón (1 Corintios 12:31; 14:1).

Vida piadosa. El bautismo en el Espíritu Santo influye en la vida piadosa. El punto 7 de la “Declaración de Verdades Fundamentales” de las Asambleas de Dios establece que con el bautismo en el Espíritu Santo viene “la investidura de poder para la vida y el servicio”. La frase “para la vida” significa “para la vida piadosa”. Si, en efecto, el bautismo en el Espíritu Santo es una inmersión en Aquel que es el Espíritu Santo—la más frecuente designación para Él en el Nuevo Testamento—la experiencia debe de alguna manera relacionarse con la santidad personal. Un problema básico entre los creyentes en la congregación de la iglesia de Corinto era que hablaban en lenguas pero no dejaban que el Espíritu obrara internamente en ellos. Es en este punto que la persona bautizada en el Espíritu debe entender que además de los dones espirituales, la experiencia Pentecostal debe producir fruto espiritual.

El bautismo en el Espíritu no produce santificación instantánea (¡nada lo hará!), pero da al receptor un incentivo para procurar una vida que complazca a Dios. En esta conexión, es importante que veamos el vínculo entre ser continuamente lleno del Espíritu y su consecuencia en la vida del creyente: un espíritu gozoso, el ministerio a otros, la acción de gracias, y la sumisión y el respeto mutuos (Efesios 5:18 al 6:9).

El bautismo en el Espíritu Santo no debe ser la experiencia de una sola vez. Además de la obra interior que es el Espíritu realiza cada día en la vida, hay ocasiones en que viene sobre la vida del creyente en tiempos de crisis o para satisfacer una necesidad especial; estos momentos también los describimos como “ser llenos del Espíritu” (Hechos 4:8,31; 13:9,52).

Poder para testificar. Es común que en el Nuevo Testamento se asocie el poder con el Espíritu Santo, y a veces los dos términos son intercambiables (por ejemplo, Lucas 1:35; Hechos 10:38; Romanos 15:19; 1 Corintios 2:4; 1 Tesalonicenses 1:5). Antes de ascender Jesús dijo a los Discípulos que se quedaran en Jerusalén hasta que fueran “investidos de poder desde lo alto” (Lucas 24:49). En Hechos, Él les dice: “recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos” (1:8). Estos temas, el bautismo en el Espíritu Santo y la evangelización del mundo, están estrechamente relacionados en el libro de los Hechos. Es evidente la relación de causa y efecto que hay entre ambos, sin embargo Jesús no dijo que la evangelización del mundo es el *único* propósito del poder. La obra del Espíritu en el bautismo en el Espíritu debe entenderse en un contexto más amplio que el que se enfatiza en los Hechos, no obstante la persona bautizada en el Espíritu que no testifica de Cristo es una contradicción de los términos.

Desde el punto de vista bíblico y desde el punto de vista misionero y evangelístico, se debe entender que recibir este poder también incluye la proclamación del evangelio. La proclamación es principalmente verbal, pero el poder que Jesús prometió abarca la operación de milagros en su nombre. El libro de los Hechos registra evidencias de la obra del Espíritu—dones de palabra, sanidades, exorcismos, resurrección, etc.—que el Señor usó para preparar a una audiencia con el fin de que recibieran la proclamación del evangelio.

Aliento para quienes todavía no son bautizados

Las Escrituras no dan una fórmula para recibir la plenitud inicial del Espíritu, pero los siguientes consejos pueden ser útiles:

Todos los creyentes son candidatos. Joel predijo que el Señor derramaría su Espíritu sobre todo su pueblo (2:28,29). Ancianos y jóvenes, mujeres y hombres, siervos—sin distinción de edad, género, o condición social—, todos estamos incluidos en la promesa. Esto es un eco de la ferviente esperanza (¡y profecía!) de Moisés: el Señor pondría su Espíritu sobre todo su pueblo (Números 11:29). La provisión profética ya no estaría limitada a unos pocos que formaban un grupo selecto. Pedro enfatizó este asunto en su discurso de Pentecostés, cuando citó el pasaje de Joel, y después declaró respecto al don del Espíritu era para “vosotros [judíos] es la promesa, y para vuestros hijos [descendientes], y para todos los que están lejos” (versículos 38,39). “Lejos” probablemente se refiere a los gentiles (Efesios 2:13,17); algunos lo interpretan como quienes están distantes cronológicamente y geográficamente. Los creyentes interesados deben estar seguros y convencidos de que la experiencia es verdaderamente para ellos.

El Espíritu ya mora en todos los creyentes. Es importante subrayar que el Espíritu Santo no es externo para los creyentes que todavía no han sido bautizados en el Espíritu. El Espíritu obra internamente en una persona que se arrepiente y cree para efectuar el nuevo nacimiento; Él no se aleja para regresar en el momento en que la persona recibe la plenitud. El bautismo en el Espíritu es una experiencia incontenible del Espíritu que ya mora en el creyente; algunos la han llamado la “liberación” del Espíritu.

El bautismo en el Espíritu es un don. Por definición, un don no se gana. Si fuera por el mérito de la persona, la pregunta imposible de responder sería: “¿Cuál debe ser el nivel de dignidad de la persona para poder recibir ese don?” O, “¿Cuán ‘perfecta’ debe ser la persona para vivir la experiencia?” Es posible que la persona que busca recibir más esté tan preocupada con su sentimiento de indignidad personal que el Espíritu no pueda fluir libremente en su vida.

Dios no permitirá que quien le busca sinceramente viva una experiencia falsa. A algunos les preocupa que “las lenguas que hablen” sean generadas por ellos o que vengan de Satanás. Esas personas deben confiar en las palabras de Jesús: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” Este versículo está inserto en un contexto que explica que un padre terrenal no dará a su hijo una serpiente cuando éste le ha pedido un pescado, o un escorpión si le ha pedido un huevo (Lucas 11:11-13).

La actitud de espera y la apertura facilitan la recepción. Los candidatos deben estar dispuestos a rendirse a lo que el Señor les muestre que deben hacer. Aunque la auténtica experiencia de hablar en lenguas no puede ser generada por la persona misma, quien busca debe cooperar con el Espíritu, o debe haber nacido por su obra, y debe dar expresión vocal a una dirección interior de pronunciar sonidos con los que no está familiarizado. La experiencia de los discípulos el Día de Pentecostés es instructiva: ellos “comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:4).

La oración y la alabanza generalmente conducen a la experiencia. La enseñanza de Jesús, la disposición del Padre de dar el Espíritu Santo a quienes se lo piden (Lucas 11:13), está continuación de una extensa enseñanza acerca de la oración (versículos 1–12) en que Él profundiza e ilustra el aspecto de la persistencia. Los verbos griegos que se traducen como “pedir”, “buscar”, y “golpear” están en tiempo presente del griego, que sugiere la idea de “seguir pidiendo, seguir buscando, seguir golpeando”. Esto no debe confundirse con mendigar con desesperanza y frustración; es más cercana a la idea que se expresa en la bienaventuranza: “Bienaventurado aquellos que continuamente sienten hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6, traducción literal del autor). Se debe notar que antes del Día de Pentecostés, los discípulos “perseveraban unánimes en oración y ruego” (Hechos 1:14).

La petición debe ir acompañada de alabanza. La oración en el aposento alto estaba complementada con los discípulos que “estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios” (Lucas 24:53). Quienes buscan el bautismo en el Espíritu Santo deben involucrarse en la alabanza tanto como en la petición, ya que la alabanza a Dios en la lengua materna generalmente facilita la transición a la alabanza en lenguas. Es notable que el contenido de las palabras de los Discípulos en el Pentecostés eran alabanzas por las poderosas obras de Dios (Hechos 2:11; véase también 10:46). Esto es especialmente interesante puesto que la celebración judía de Pentecostés, una celebración de la cosecha, era un tiempo de gracia y acción de gracia a Dios. Aún en un plano personal, una persona que ofrece las primicias de la cosecha a Dios participa en una celebración de la poderosa obra de Dios de liberación de Israel de la esclavitud en Egipto (Deuteronomio 26:1-11).

Podría haber otras bendiciones espirituales. El bautismo en el Espíritu es confirmado por la acción de hablar en lenguas, sin embargo, entre la regeneración y el bautismo en el Espíritu, la persona podría tener otras experiencias espirituales válidas e importantes. A veces esas experiencias son una vislumbre o una muestra de la experiencia cúlmine, que preparan a la persona y facilitan la recepción de la plenitud del Espíritu, pero éstas no deben identificarse como el bautismo en el Espíritu.

El tiempo de Dios puede ser diferente del nuestro. El Señor responde a la oración de fe y alabanza, pero, por razones que sólo Él conoce, su tiempo a veces no coincide con nuestro deseo. Tanto en las Escrituras como en la historia de la iglesia, los derramamientos del Espíritu a veces ocurrieron en lugares y en momentos inesperados. Por consiguiente, quien quiere ser bautizado no debe dejarse vencer por el desánimo o sentirse culpables si no recibe la plenitud del Espíritu cuando espera. Pero en los tiempos de especial visitación espiritual cuando otros son llenos del Espíritu, las condiciones son óptimas para quien quiere ser lleno.

CONCLUSIÓN FINAL

El bautismo en el Espíritu Santo debe ser más que una doctrina que se protege y se valora; debe ser una experiencia vital, productiva, y continua en la vida de los creyentes y en su relación personal con el Señor, su interacción con otros creyentes, y su testimonio al mundo. La vitalidad y la fuerza de la Iglesia pueden concretarse sólo cuando los creyentes de manera personal y colectiva manifiestan el poder del Espíritu Santo que Jesús mismo experimentó y que prometió a sus discípulos.

APÉNDICE

La declaración doctrinal oficial de las Asambleas de Dios respecto al bautismo en el Espíritu Santo se encuentra en la *Declaración de Verdades Fundamentales*, y lee como sigue:

7. El bautismo en el Espíritu Santo

Todos los creyentes tienen el derecho de recibir y deben buscar fervientemente la promesa del Padre, el bautismo en el Espíritu Santo y fuego, según el mandato del Señor Jesucristo. Esta era la experiencia normal y común de toda la primera iglesia cristiana. Con el bautismo viene una investidura de poder para la vida y el servicio y la concesión de los dones espirituales y su uso en el ministerio (Lucas 24:49; Hechos 1:4,8; 1 Corintios 12:1-31). Esta experiencia es distinta a la del nuevo nacimiento y subsecuente a ella (Hechos 8:12-17; 10:44-46; 11:14-16; 15:7-9). Con el bautismo en el Espíritu Santo el creyente participa de experiencias como la de ser lleno del Espíritu (Juan 7:37-39; Hechos 4:8); una mayor reverencia hacia Dios (Hechos 2:43; Hebreos 12:28); una consagración más intensa a Dios y una mayor dedicación a su obra (Hechos 2:42); y un amor más activo a Cristo, a su Palabra, y a los perdidos (Marcos 16:20).

8. La evidencia física inicial del bautismo en el Espíritu Santo

El bautismo de los creyentes en el Espíritu Santo es evidente con la señal física inicial de hablar en otras lenguas como el Espíritu los dirija (Hechos 2:4). El hablar en lenguas en este caso es esencialmente lo mismo que el don de lenguas (1 Corintios 12:4-10, 28), pero es diferente en propósito y uso.